

La renta de situación del Valle de Mena¹

Juan VELARDE FUERTES

He leído apasionadamente las más de mil páginas de esta obra, que se puede considerar exhaustiva sobre la historia del Real Valle de Mena, escrita por ese magnífico investigador de nuestro pasado, y del de otros pueblos, que es el profesor Mario Hernández y Sánchez-Barba. Debo añadir que le conozco desde hace ya más de medio siglo, y que jamás me defraudaron, por su interés, sus indagaciones históricas. Por ejemplo, ¿alguien ha expuesto mejor que el profesor Hernández y Sánchez-Barba el papel de España en la guerra y revolución —para jugar con el título famoso del libro del Conde de Toreno— que dio nacimiento a los Estados Unidos? Ahora, este libro magnífico, además me ha deleitado, y confieso que para esta presentación he optado por hacerlo no desde el entusiasmo que siento ante él, sino desde la aparentemente frialdad de la ciencia. Porque yo soy economista, y al compás de su lectura me he dado cuenta del interés que tiene analizar la evolución del Valle de Mena desde la perspectiva de algo que no depende de la acción de sus habitantes, como es el de la renta de situación.

Me explico. Una economía cualquiera, entre otras cosas, está determinada por sus enlaces con otras. Si estas conexiones amplían sus mercados, el progreso es seguro. Lo contrario sucede si esas conexiones no existen o se desvanecen. Por ejemplo, Suiza, con enormes montañas que dificultan la comunicación interior, sin recursos mineros valiosos, con una climatología adversa para provocar una nueva agricultura, tendría que ser un país muy pobre. Sin embargo, se abre a cuatro grandes mercados. Como el Rin nace en el lago de Constanza, hacia el norte lo hace hacia la prósperísima Renania y, a su final, por la apertura que en Holanda y Alemania desde ahí tiene lugar hacia zonas riquísimas desde hace mucho tiempo y al enlace por el mar del Norte con las zonas hasta ahora

¹ Presentación día 3 de septiembre de 2009 del libro del Profesor Mario Hernández Sánchez-Barba: *Historia del Real Valle de Mena*, en Villasana de Mena, presidida por el Excmo. Sr. Don Jaime Miguel Mateu Isturiz, Delegado en Burgos de la Comunidad de Castilla y León.

más ricas del mundo. Por el oeste, se amplían sus posibilidades hacia la muy opulenta zona de Lyon, que, a su vez, se une a la siempre muy próspera región de la Isla de Francia, cuya capital es nada menos que París. Hacia el sur, su vecino es la Lombardía, con su capital Milán, la región, con diferencia, más activa de Italia. Y por el este, la apertura es hacia el siempre próspero Valle del Danubio. Gracias a esta conexión cuádruple, Suiza se ha convertido en uno de los países de más renta por habitante del mundo. Cerró el siglo XX superando los niveles de todos los países industriales de Europa.

Por el contrario, ¿qué fue de la antaño riquísima Venecia? El descubrimiento de América y después la Revolución industrial dejaron convertido al Mediterráneo en un mar secundario, donde, además, el triunfo sobre Bizancio de los turcos y el afianzamiento de la piratería unida al islam borraron grandísima parte de las posibilidades de ampliar sus mercados. La decadencia de la antaño prosperísima República de los Dux fue su fruto. Agreguemos que una buena renta de situación decae o se afianza si las instituciones que favorecen los mercados amplios —la propiedad y la seguridad jurídica muy en primer lugar— se esfuman o quedan firmemente arraigadas.

Y ahora, de la mano de este libro que nunca se agradecerá bastante en este Valle al profesor Hernández y Sánchez-Barba, ¿qué podemos conocer de la renta de situación del Valle de Mena, una comarca «situada en la zona más norteña de la provincia de Burgos, entre Cantabria, Vizcaya y Álava, encerrada al norte por los altos farallones de la Sierra de Ordunte, parte de la Cordillera Cantábrica, y al sur por la Sierra Salvada?». Y este territorio, tan aparentemente agreste, ¿tuvo posibilidades? En la página 37 aclarará esto así aún más ampliamente: «El Valle de Mena, al norte de la Meseta Ibérica, es una región histórica... totalmente encerrada, en primer lugar, por la Cordillera Cantábrica; en segundo término, por la serie de macizos que forman el margen de la meseta y la divisoria central; al Sur y al Oeste, por la unión del recodo galaico-astur a la Cordillera Cantábrica». Por tanto, a lo largo de la historia, ¿esto iba a conducir a la región a ser un Tíbet, o más bien a ser una Suiza?

La vocación suiza aparece evidentemente, y ya se nos adelanta en la página 17, mostrándose cómo por ello era capaz de crear una riqueza importante. He aquí que, como se lee en este libro en esa página, esta zona tiene una característica: «la de la comunicación comercial entre la Meseta con centro en Burgos, y el Cantábrico, con los cuatro valles y puertos de mar: Castro Urdiales, Laredo, Santander y San Vicente de la Barquera, así como los puertos de Santo-

ña, Bilbao, Guernica, San Sebastián y Fuenterrabía», por lo que, por ejemplo, fue capaz de participar «en las dos grandes estructuras comerciales e industriales del mercado exportador de lanas a Flandes —en Brujas, por ejemplo, se instaló un importante agente comercial, Íñigo de Arcea; los llanos de Arcea son todavía uno de los focos ganaderos más importantes de Mena— así como una decisiva estructura comercializadora del hierro, que ha estudiado a fondo el historiador francés Lafaye, de donde deriva la importancia de las ferrerías en Mena, estudiadas con singular fortuna por José Ibarrola Ibarrola».

Pero esto, que se dice como preludeo, para que comencemos a comprender la importancia económica que puede tener este Valle de Mena, tiene unos antecedentes históricos muy remotos que muestran perfectamente que su vocación es la suiza, no la tibetana. En la página 39 se puede leer que cuando comienza a alborar la gran civilización promovida por la Revolución del Neolítico, en el magdalenense que va de 15.000 a 1.500 a. C., el Valle de Mena se observa que enlaza las tierras de las que quedan «yacimientos de importancia decisiva» en el área cantábrica: Hornos de la Peña, Castillo, Morín, Perno y, naturalmente, Altamira, con las que se encuentran en el norte de Burgos —Penches, Atapuerca como heredera de muy anteriores yacimientos nada homogéneas con las poblaciones actuales— y Ojo Guareña». Y «el Valle de Mena, entre estas dos áreas y desde el incremento demográfico que sin duda produjo amplios movimientos de población, participaría en modas, usos y técnicas de ese “momento”».

La romanización amplía estas conexiones. En las páginas 73-74 leemos cómo «Augusto puso especial atención en las comunicaciones, mediante el sistema triangular de enlaces: Bracara-Tarraco, con empalme en tierras del Duero y del Ebro; la vía Augusta...; la vía Asturica-Gades, igualmente consolidada y acabada en su época... Ello produjo un importante desarrollo económico, alimentado por el oro de las minas asturianas, puestas en explotación inmediatamente a continuación de la conquista del norte. La iniciativa de Augusto fue continuada por la dinastía Julio-Claudio...; el emperador Nerón hizo también arreglos en la vía de Segisamón a Flaviobriga... En el Valle de Mena existe un ramal de la vía Pisoraca-Flaviobriga con más de veinte kilómetros...; también la vía de Opio, que unía la anterior, desde Santecilla con Arciniega... Finalmente, la vía de Angulo, enlazando con la vía que recorría el valle de Losa de Este a Oeste, desde Villasante de Montija hasta Berberana. Ese sector del Valle de Mena conserva restos romanos...». Los enlaces estaban establecidos, y eso explica una colonización romana muy intensa, con fuertes enlaces con la población austrigona preexistente.

Cuando esto se altera, a partir del año 258, con las invasiones de francos y alemanes, eso perturba, entre otras cosas, los enlaces de esta región con otras, como se lee en la página 75: «La población hispanorromana del Valle de Mena sufre, como consecuencia de tal inestabilidad fronteriza, una profunda crisis social y económica, acentuada por el *movimiento bagáudico*, de bandidaje, que enlazaron con las invasiones germánicas del siglo v, unido todo ello a «levantamientos de campesinos-soldados (que) marcan una situación de profunda crisis económica, como consecuencia de la ruina de las *villae* y la consiguiente paralización de la producción agraria» (p. 79).

La desconexión queda clara a partir de esta época, y se acentúa con la invasión musulmana. Como se lee en la página 105, en «los ataques del Islam contra el Reino de Asturias... se utilizaron activamente las calzadas romanas, de modo particular la del Ebro y Austrigonia, motivo por el cual el Valle de Mena y el territorio de “Alaba”, quedaron unidos en la estrategia árabe contra el flanco asturiano por el cual podía alcanzarse el corazón del Reino de Asturias». Pero, al mismo tiempo, algo había sucedido en el Valle de Mena que va a constituir la base de un poderoso cambio socioeconómico: como se aclara en la página 87: «El fenómeno consiste básicamente en la transformación —en la región pirenaicacantábrica en la que se incluye el Valle de Mena— durante los siglos ix, x y xi, de la propiedad colectiva de origen gentilicio en una propiedad privada, dentro de una organización de tipo feudal». Concretamente esto explica, en parte notable, lo que se señala en la página 121, al puntualizar el profesor Hernández y Sánchez-Barba, «si, debido a las constantes *aceifas* veraniegas de los musulmanes de Córdoba, en el Valle de Mena se produjo una despoblación, como consecuencia (además) de las campañas de Alfonso I y su hermano Fruela. No parece probable. Las poblaciones antiguas del Valle —especialmente, la de pueblos indoeuropeos— con poblaciones agrícolas y ganaderas: labradores y pastores, (eran) sociedades gentilicias fuertemente agregadas a la tierra, con un exacerbado sentido de la propiedad». Esto va a ser otro punto de apoyo esencial en el futuro, como veremos.

En el siglo x vuelven a aparecer los enlaces que amplían los mercados y que por fuerza traen la prosperidad para los habitantes de este Valle. Leemos en las páginas 140-141: «El Valle, con unos 25 km de longitud, por unos 15 km de anchura de norte a sur, constituye (a) la comarca de Mena (como) un eje de comunicación del Cantábrico con la meseta lo que le otorgó gran importancia en la dinámica castellana», afianzado todo por la aparición del modelo «familiar nuclear basado en la célula matrimonial, en la cual se centró la transmisión de la

propiedad y la herencia», como nos muestra la tesis doctoral de Manuel Ángel Bermejo Castrillo, *Parentesco, matrimonio, propiedad y herencia en la Castilla Alto Medieval* (Universidad Carlos III, 1997). Agréguese sobre este asunto esencial relacionado con la seguridad jurídica, sin la cual el desarrollo es imposible, que, según se muestra en las páginas 188-189, «como consecuencia del peso de los hechos históricos, parece evidente que el Derecho alto medieval castellano es de inspiración germánica, con presencia activa del elemento romano vulgar y del Derecho franco... En general... es un derecho básicamente vinculado a la costumbre, que obliga especialmente en razón del *consenso* y la voluntad de los que constituyen la comunidad... En definitiva... el derecho alto medieval castellano —a él deben adscribirse las aldeas menesas a finales del siglo X y comienzos del XI— no es el contenido en textos escritos, sino la voluntad colectiva en orden a la igualdad, la justicia y el mantenimiento de la paz general».

Esta base jurídica no evolucionó en este Valle de modo homogéneo. Como se señala en las páginas 249-250, «cuando en 1421 la Casa de Velasco agregó Mena a efectos tributarios a las Cuatro Villas de la Costa de la Mar —Castro Urdiales, Laredo, Santander y San Vicente de la Barquera— (esto)... originó la pérdida de vigencia del Fuero de Logroño, en virtud del cual los meneses se encontraban aforados y exentos del pago de moneda y de pechar fonsadera. Los privilegios que otorgó a los vecinos de Villasana de Mena el Fuero de Logroño fueron de gran importancia para que la Villa adquiriese una posición emergente durante el siglo XIII y primeros años del XIV. Bajo el señorío de la Casa de Velasco tuvo el serio inconveniente de la agregación, decretada por el gran linaje castellano, a los puertos castellanos de Cantabria. Sin embargo, si bien ello supuso un inconveniente fiscal, también originó una vinculación de la sociedad popular e hidalga menesa a la vocación marinera», que incluso lleva a enlazar con el «Descubrimiento y Fundación del Nuevo Mundo». En las páginas 272-273 ya se adelanta que «la atracción de la navegación para encontrar mercados comerciales mejores y más preparados para el intercambio, abrieron nuevas rutas y nuevas inquietudes, comenzando en los pobladores de las aldeas y villas del norte peninsular —ámbito en el que se encuentra el Valle de Mena— un proceso de reorientación hacia nuevos asentamientos con mejores perspectivas que las propiamente agrarias».

Por otro lado (p. 272) es necesario subrayar que en el siglo XIII tiene lugar «un desarrollo de la normativa jurídica» en «paralelo —lógico paralelo, subrayo yo— al crecimiento económico y al desarrollo social». Concretamente, en el siglo XIV, en el reinado de Alfonso XI surge un impacto especialmente importante para la

evolución económica del Valle de Mena (p. 329), a causa del «restablecimiento del orden», originado «básicamente desde el punto de vista jurídico». Como señala Galo Sánchez (pp. 330-331), «el *Ordenamiento de Alcalá* de 1348 supone la coronación legislativa» de este reinado. Esto refuerza ese papel de enlace que se manifiesta así en este importante libro, en las páginas 145-146: «Desde la retaguardia, Mena dio hombres, cultivos, trigo, ganados, para los contingentes, que hacia el Oeste, Norte y Sur, tratan de alcanzar el mar, cuanto ya la Reconquista aumentaba el ritmo... Cada una de (las)... Castillas tiene un papel histórico y se caracteriza por una mentalidad peculiar. La costa Cantábrica constituye un mundo aislado, pero de gran potencia económica que se comunica con la Meseta a través del paso intermedio entre las actuales Cantabria y País Vasco, ... por los Valles de Mena, Ayala y Losa, con las Merindades de Castilla y el gran centro estratégico supuesto por la ciudad de Burgos; la fuerte producción de trigo de las llanuras de Castilla la Vieja y Merindades; la lana, una parte de la cual es tratada y comercializada desde Burgos para ser exportada a los ricos centros industriales del mar del Norte, origina una importante estructura capitalista, junto con la riqueza del hierro... Hay que añadir a estos productos de importante y creciente comercio, la... pesca del bacalao... Así pues, en los siglos XI y XII... el Valle de Mena, junto con parte de los territorios alaveses y el Valle de Losa, se convirtió en uno de los ejes humanos de la España cantábrica, región de alta intensidad económica que estaba pasando a constituir un bastión humano y económico fundamental de Castilla, entre los reinos de León y Navarra. Esto debía ocurrir desde el siglo IX, porque de otro modo se comprende mal el «gran ataque árabe al Valle de Mena» en el año 866, que llevó a cabo el príncipe Abderramán. Este Valle pronto fortalecerá sus enlaces con otros lugares porque (pág. 169) «fue, sin duda, un centro de peregrinación del Camino de Santiago, probablemente con centro en Siennes, donde existió un importante monasterio, hoy desaparecido, comunicado a través de la Peña con el Valle de Losa y la Iglesia de San Pantaleón... de Losa».

En el siglo XIII (pp. 288-289) ya tienen una «posición máxima» las Merindades de Castilla Vieja con «una *comarca* bajo régimen especial que es el Real Valle de Mena. Estas Merindades de Castilla Vieja constituyen “un área regional cuyos rasgos formalizaron una unidad geográfica al norte de la actual provincia de Burgos, sobre los pasos del río Ebro, defendidos en el norte, este y oeste por los montes de la cordillera cantábrica y sus ramificaciones”. Pero no eran algo aislado: las vías de comunicación de las Merindades de Castilla Vieja son muy importantes y, como los vientos, abiertas a los cuatro puntos cardinales... Se han registrado hasta seis: la vía del Valle de Mena, del Pisuerga a Castro Urdiales; la

vía de Briviesca a Cantabria; la de Hoz de Arriba al Valle de Mena; la de Bisjueces a Herrán; la de Cillaperlata a Arceniega; y la de Villasante a Berberana... Esto explica la importancia estratégica de las Merindades como territorio intermedio entre el Ebro y el Cantábrico».

Todo esto va a unirse a la expansión de la ganadería. Concretamente (p. 303) «la riqueza de ganado hizo que la comarca del Valle de Mena, en comunidad con territorios limítrofes, estableciese la actividad comercial —añado yo, de expansión del mercado— de las ferias anuales de ganado; parece ser que en el siglo XIII en el Valle de Mena se celebraban estas ferias anuales, en Concejero y en Cadagua».

La prueba de que estas comunicaciones son algo consustancial con el desarrollo del Valle de Mena la tenemos (p. 324) en «su enlace con la constitución el 4 de mayo de 1296 de la Hermandad de las Marismas, que unía las villas de Castro Urdiales, Santander, Laredo, San Vicente de la Barquera, Bermeo y Guetaria», más la ciudad interior de Vitoria, enlazada directamente con Burgos, fundamental para explicar la ampliación en 1300 de Bilbao, con lo que se produce (pág. 325) «en el aspecto comercial... el asentamiento en villas y aldeas que constituyen etapas en el camino de los arrieros que transportaban mercancías desde los puertos cantábricos a las ciudades del interior —Vitoria, Valmaseda, Villasana de Mena, Bercedo, Villasante, Medina de Pomar, Briviesca...— hasta Burgos, y desde esta (ciudad) a los puertos atlánticos del sur». Y como un complemento del famoso ensayo de Sombart, *Los judíos y el capitalismo*, agrega el profesor Hernández Sánchez-Barba, el desarrollo de comunidades de judíos en toda esta zona, añadiendo que «tenemos datos muy específicos de la comunidad judía en el Valle de Mena, muy especialmente en Villasana, en donde el doble poblamiento de la aldea-villa, tal como ha deducido de modo brillante Luis María Angulo, puede deberse a la existencia de un barrio judío en la orilla derecha del Cadagua». Gracias al papel en la organización del crédito de los judíos, en el reinado de Alfonso XI existe en el Valle de Mena una especial «facilidad para la financiación del comercio efectuado principalmente por los judíos, que adquieren carga de naturaleza (con) el establecimiento de juderías...» (p. 329).

En tiempos de Pedro I (pp. 360-361) quedan clarísimas las consecuencias de ese fracaso de enlace del Valle de Mena. Se lee en este libro: «En la plenitud del siglo XIV, hemos de comprender la existencia de un evidente auge económico producido por el comercio y la conexión de las ciudades de la meseta con los puertos del Cantábrico, el establecimiento de importantes rutas comerciales desde el Mediterráneo hasta la estratégicamente importantísima ciudad de Bur-

gos y, desde aquí, pasando por las Merindades de Castilla, la conexión con las villas-puertos del Cantábrico de la Corona de Castilla. Burgos acabó siendo el principal centro de contratación de lanas exportador a Flandes, costa atlántica hacia Francia y costa meridional de Inglaterra y contaba con un importante número de mercaderes y de gentes dedicadas a las finanzas, casi siempre manejadas por los judíos que, además, se establecieron a lo largo de todas las rutas comerciales de comunicación con la costa del Cantábrico, a través de los pasos más viables, como son Bercedo, por los valles santanderinos y el Valle de Mena, principalmente Villasana de Mena, las Encartaciones, con Valmaseda en la orilla izquierda del Cadagua hasta su confluencia con el Nervión». Estos judíos «habitan en paz» con los cristianos en Villasana, según se lee en el famoso *Viaje del noble bohemio León de Rosmithal de Blatna por España y Portugal*, en 1466.

Todo esto se ratifica en las páginas 440-441 de este modo: «El Valle de Mena se encuentra de lleno, en una de las rutas comerciales más importantes: la del área septentrional, en la que Burgos era el polo principal, precisamente hasta la costa cantábrica. Esta costa norteña peninsular estaba conectada con las costas francesas, inglesas y flamencas. En ella se desarrollaba una importante actividad que había comenzado en el siglo XIII y continuado durante los siglos XIV y XV». Y he ahí que se halla la situación del Valle de Mena «entre el fuerte comercio de Burgos y los puertos castellanos del Cantábrico en lo que se llamó la “Ruta de Flandes”... En esta influencia dualista entre los marinos de la costa cantábrica y los mercaderes de Burgos, existe una especie de asociación en la que cada una de las partes aporta algo sustancial... Las comarcas, villas y aldeas que se encontraban en el campo, se internaban de distintas maneras en la red de colaboración. Del Valle de Mena son los arrieros, transportistas, marineros, técnicos en el esquileo de las ovejas trashumantes al retorno de la invernación. La ruta de Flandes quedó nutrida de comerciantes, funcionarios, marinos, etc., del Valle de Mena situado entre ambos polos de actividad económica». Fue el Valle «proveedor de muchos de estos oficios durante la larga guerra de los Cien Años». Piénsese que buques de la Hermandad de las Marismas combatieron al servicio del rey de Inglaterra. Con los Trastámara, y desde luego con los Reyes Católicos, esto supondrá un cambio: pérdida del mercado inglés, pero afianzamiento del francés y del crecientemente opulento flamenco. El Valle de Mena era, pues, una pieza clave de lo fundamental del tráfico en el Atlántico europeo. Entre la ruta Burgos-Laredo y la de Burgos-Bilbao existían enlaces: «el de Laredo en Bercedo se bifurca y por Leciñana, Burceña, Nava de Mena y Valmaseda se unía al de Bilbao, que desde Burgos, Rubena, Poza de la Sal, Oña, Trespaderne, Nofuentes, Salinas de Rosío, va a Villasana de Mena, y de aquí a Bilbao» (p. 449).

Y que esto provocaba opulencia lo prueba el caso de Sancho Ortiz de Matienzo, «un importante comerciante de Villasana de Mena, enriquecido en la ruta de comercio Burgos-Bilbao, muy en relación con la comunidad hebrea de Villasana de Mena». Fue padre de Sancho de Matienzo, persona clave para la puesta en marcha de la Casa de Contratación de Sevilla (pp. 501-502) como tesoro-presidente.

Naturalmente, cuando en el siglo XVII español «se dieron todas las circunstancias para que las corrientes comerciales de intercambio, tanto internas como exteriores, se viesan seriamente perturbadas» (p. 587), el Valle de Mena sufre las consecuencias: muy probablemente esto es lo que subyace en algo que se expone en la página 609, al hilo del análisis del *Catastro* de Ensenada: «Los campesinos —del Valle de Mena— estaban sometidos a un proceso constante de endeudamiento y empobrecimiento progresivos que terminaba indefectiblemente con la venta de sus tierras a los grandes propietarios. Ello explica la formación de grandes dominios y el fuerte impacto que tal situación provocaba en las emigraciones individuales, familiares e, incluso, el abandono masivo del total de su población de aldeas enteras».

Vemos, porque remedio no se pone, que se hunde esta economía al fallar las conexiones que provocan ampliaciones del mercado a lo largo del siglo XVIII, originándose en esta comarca del Valle de Mena un fenómeno lógico: la participación en «el proceso de emigración que, en el siglo XVIII y hasta ahora entrado el XIX (se dirigió)... a “todas las Américas”, uno de los factores históricos que más profundamente marcaron la realidad menesa del siglo XIX» (p. 658). Quizás la tradición del papel que los habitantes de este Valle habían tenido en el intercambio explique que llegaron los del Valle de Mena «a constituir en el Nuevo Mundo una élite de hacendados productores de azúcar, militares y funcionarios, hasta alcanzar un poder económico importante, de modo particular en Cuba... De Mena han surgido pobladores, emigrantes, comerciantes, artesanos, pescadores y marinos que si han permanecido en discreta penumbra histórica, ha sido sobre todo, por falta de vocaciones investigadoras históricas» (ibidem).

Y quizás también de esa apertura comercial anterior procede el que en el Valle de Mena se muestre una adhesión a «la tendencia liberal» frente al carlismo (p. 717), con la consecuencia, derivada de la práctica desamortizadora y de «una cierta extinción del señorialismo y un importante acceso de los labradores, quizás convertidos en una burguesía agraria, con una clara tendencia a la alianza con la antigua aristocracia media que no puede resistir el embate económico de una nueva

productividad con la existencia de una primera mecanización del trabajo agrario y ganadero. En Mena se perpetúa la agricultura campesina tradicional, pero con un porcentaje considerable de campesinos que invierten sus ahorros familiares en la compra de bienes que, sin embargo, carecen de unidad de explotación por estar muy desperdigados... El minifundio disperso constituye una caracterización bien visible en el régimen de propiedad en la comarca de Mena» (p. 723).

Al llegar el siglo XIX se produce un cambio esencial en toda la economía, y uno de los factores de esta alteración —la llamada Revolución industrial— lo constituyó para el Valle de Mena la construcción del ferrocarril de La Robla, porque «permitía el desembarco en las estaciones y apeaderos del recorrido menés del ferrocarril: Ungo-Nava, Mercadillo —pues (señala el profesor Hernández y Sánchez-Barba) alguna cacicada impidió el paso por Villasana de Mena—..., Cadagua, desde donde ya entraba en la Merindad de Montija» (p. 777).

Y, de pronto, el hundimiento demográfico derivado de lo que los economistas llamamos la crisis de la agricultura tradicional. Véase en este libro, por lo menos las páginas sobre esta desertización demográfica del Valle de Mena desde la 840 hasta la 853. ¿Habían desaparecido ya las circunstancias favorables dentro del nuevo planteamiento industrializador? La respuesta en este libro se da, en primer lugar, con las referencias a la localización de la empresa Valca (pp. 904-907), muy interesante porque lo que subyace es el gran problema básico de nuestra economía: una apertura fundamental, iniciada en 1959, ampliada hacia Europa en 1970 y consolidada en 1985 con nuestra incorporación a la Unión Europea, exigía una actividad industrial competitiva, porque, de otro modo, pasa a generalizarse a toda España lo que anuncia un párrafo de este libro (p. 906), que trasciende a toda nuestra industria, cuando en él se lee: «El inevitable cierre produjo una conmoción social en el Valle de Mena —puede sustituirse ahora por “toda España”— que pasó de un 7% de paro a un nivel superior al 30%». Valca (p. 942) presentó suspensión de pagos el 21 de enero de 1992, justamente cuando se acentúa nuestra vinculación con una Europa que exige una competitividad máxima, de la que se intenta escapar, por supuesto vanamente, con medidas de gasto público que lo acaban perturbando aún más, al encontrarnos inmersos en el Sistema Monetario Europeo. Los datos de las páginas 942-944 avalan que el problema se condujo hacia ámbitos imposibles.

Es importante, de todos modos, la relación de empresas actuales que, en el epígrafe «La iniciativa privada de los meneses», aparece en las páginas 914-916, pero el problema, evidentemente, sigue planteado, y que no se resuelve, natu-

ralmente, con un impulso a la construcción, al que se alude en las páginas 957-958, sino en su orientación, como se apunta en las páginas 958-960, al aprovechamiento de las posibilidades locacionales a las que me he referido, para la articulación de zonas industriales. Concretamente ahí se habla del proyecto de urbanización del polígono industrial de Sopeñano. Porque todo ha cambiado. Se ha venido abajo la frontera económica hispanoportuguesa, con lo que la Cuenca del Duero y su enlace con Francia pasa a tener unas perspectivas nuevas. El desarrollo de la economía asiática, en su relación con Europa, ha alterado radicalmente el papel del Mediterráneo y, con ello, la renta de situación de la Península y, desde luego, la de todos sus puertos, incluidos los del Cantábrico, y muy especialmente, si es que absurdas políticas separatistas-terroristas no lo impiden, la del puerto de Bilbao. En esta nueva España económica, el gran triángulo del nordeste, al enlazar con el Valle del Duero, crea posibilidades absolutamente inéditas, y dentro de la actual sociedad opulenta, no puede dejarse a un lado el notable papel que, en estos lugares de encrucijada, significa el turismo. Añádase la necesidad de disponer de buenas infraestructuras de transportes y comunicaciones, desde las más clásicas, como las carreteras, hasta las más innovadoras, como son las TIC. No conseguirlo significaría tanto como afirmar que existen magníficas posibilidades para quien sea capaz de correr, pero que se señalan ante un inválido.

Tras la lectura de este libro, creo posible que el Valle de Mena tenga un futuro para el que, como sabemos todos los economistas, la capitalización en los hombres, que se deriva del desarrollo cultural, es algo prioritario. Y ediciones de libros como esta que hoy se presenta, o los XVII Cursos de Verano de los que se habla en la página 931, son prueba de que el camino emprendido es el adecuado.

Y este libro muestra algo que enlaza perfectamente con un fragmento de un romance que se encuentra en el capítulo nono de *La vida y hechos de Estebanillo González, hombre de buen humor compuesto por él mismo*, obra ambientada en aquellos tremendos momentos de la Guerra de los Treinta Años, cuando el protagonista dibujó «a Alemania en un eterno caos y a España en una confusa tiniebla». En este romance, entre otras cosas se decía, y lo repito en honor del autor de este libro y del Real Valle de Mena:

Estas son vuestras hazañas
declaradas ya por propias,
que ni el olvido las niega,
ni el tiempo anciano las borra.